

Instituto de Física, estudiando para ello, las alternativas en educación, extensión e investigación que se plasmaron a lo largo de los años.

El presente libro culmina con el tema de los *Medios* contando con la participación de Susana Barbosa y Silvia Fridman, quienes se ocuparon de los Congresos realizados en la época del Centenario de la Revolución de Mayo focalizándose en las cuestiones abordadas en ellos. Fernanda Beigel, por medio de su investigación, se adentró en los productos de los pequeños talleres editoriales argentinos que dieron dinamismo a una práctica cultural compleja y muy relacionada al vanguardismo estético-político: las revistas. Florencia Ferreira Funes ahondó la actividad editorial en Argentina de la izquierda, representada por la editorial “Claridad” y los cuadernillos “Pensadores”. Hebe Carmen Pelosi, mediante las revistas “Nuestra América” y “Nuevos Rumbos”, analizó a los intelectuales argentinos de 1920 que quisieron difundir la realidad latinoamericana por medio de la literatura convirtiéndose en mediadores culturales de la unión del continente en contra de los Estados Unidos. Omar Emilio Prieto tomó la cuestión de la influencia y los “usos” del *Ariel* de José Enrique Rodó en el pensamiento y publicaciones ríocuartenses. Liliana Vela trató el inicio del feminismo y el papel jugado por el socialismo en su defensa y difusión, y explicó cómo no pudo resolver la tensión existente entre su posición igualitaria en lo político y el determinismo relativo al rol social de la mujer. El último ensayo fue escrito por Elena Zubiela, quien analizó diferentes aspectos de la revista *Caras* y *Caretas* en el contexto del Centenario.

Por último, resulta indispensable mencionar que en este libro los artículos fueron elaborados con mucha seriedad documental.

Carla Battezzati Crocco

Universidad Católica Argentina

LIDIAR. NACUZZI (comp.): *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (Siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2002.

Hay libros cuyos títulos dicen exactamente lo que contienen para beneplácito del lector interesado. Este es uno de ellos. Es un libro que trata de *fronteras* – entendidas éstas no como límites entre Estados soberanos sino como espacios sociales de intenso dinamismo y gran complejidad – y de sujetos *fronterizos*, con funciones diversas dentro de esos mismos espacios pero siempre con roles muy activos y gran protagonismo. Ya sea que se trate de funcionarios regios, como Francisco de Viedma, el “cacique blanco” instalado en tierras de indios, que describe Lidia Nacuzzi; o el Comandante de Frontera José Francisco de

Amigorena que nos muestra Florencia Roulet; o estatales, como es el caso del primer gobernador del Territorio Nacional del Neuquén, Manuel José Olascoaga, que presenta Ingrid de Jong.

Trata además de las interacciones y de los conflictos intra e interétnicos que formaron parte de la cotidianeidad de los sujetos en ese espacio de frontera, ya fueran blancos o indios, así como de las miradas alternativas que unos y otros construyeron en aras de definir relaciones de amistad, reciprocidad, respeto, desconfianza y temor. Aquí caben los aportes sobre el tratado de paz firmado por los ranqueles en 1872, de Marcela Tamagnini y Graciana Pérez Zabala; sobre la construcción de categorías en el proceso de incorporación de los pueblos originarios al modelo de homogeneidad cultural impuesto por el Estado-nación en su etapa de consolidación, descrito por Walter Delrío; y sobre las denominaciones – mediadas por las crónicas – con que los indios reconocen a los blancos según el trabajo de María Paula Iruña.

Todo ello complementado con dos muy buenos aportes – presentación y cierre – de Mónica Quijada. En la primera, quizás el principal mérito de la autora es la preocupación por remarcar las significativas renovaciones producidas en el campo historiográfico argentino en las últimas décadas, particularmente rico en lo que hace a la complejización de una historia nacional demasiado generalizante y poblada de estereotipos, que ampliaron notablemente el horizonte interpretativo hacia nuevos campos de investigación, proceso particularmente fructífero en el caso de las áreas de Pampa y Patagonia donde este libro se inscribe.

Tres son las renovaciones historiográficas que destaca Quijada y compartimos: la primera tiene que ver con una visión mucho más compleja de la heterogeneidad interna de los grupos indígenas, tradicionalmente ubicados en el restringido ámbito del nomadismo y la recolección. La segunda se relaciona con la superación de la valla “mental” que tradicionalmente imponía – o impone todavía – la Cordillera de los Andes, hoy un ámbito reconocido de trasvasamientos permanentes de toda índole, que actuaron tanto al interior de la sociedad indígena como en sus relaciones con la sociedad blanca. Avanzado el siglo XIX, y al calor de la maduración de las formas y relaciones sociales capitalistas, esta última se fue volviendo paulatina pero firmemente dominante sin que por ello se agotaran tales vínculos e interacciones. La tercera renovación tiene que ver con la forma de considerar la denominada “frontera interna”, otra suerte de barrera política y cultural entre dos sociedades, una como expresión de la “barbarie” y otra como símbolo de la “civilización”, que habría perdurado hasta el inicio de la ocupación militar definitiva del espacio indígena en el año 1879 – campaña del general Roca mediante –, proceso que comúnmente se conoce en Argentina como “conquista del desierto”. Expresión esta última, quisiéramos apuntar, que deberíamos tratar de eliminar del uso corriente en la bibliografía – especialmente en los manuales

escolares – o al menos aclarar, en el sentido de reconocer, la carga ideológica que tal denominación tenía para la generación argentina de 1880, donde la palabra “desierto” era usada –con un sentido social más que físico– como sinónimo de “barbarie” o, lo que es lo mismo, “vacío de civilización”.

Volviendo al contenido del libro, cuya coherencia interna está garantizada por la experiencia de su compiladora, Lidia R. Nacuzzi – reconocida investigadora con una amplia trayectoria en el tema –, se trata de propuestas con distinto grado de avance, algunas más acabadas y otras más recientes, pero todas por cierto innovadoras y abiertas al debate. La preocupación por el “retorno al sujeto”, particularmente evidente en los primeros capítulos donde los personajes individuales adquieren mayor jerarquía, se hace eco de los cambios de paradigmas que caracterizan las últimas producciones en el campo de las ciencias sociales. La propia Nacuzzi da inicio al texto con un interesante aporte sobre el accionar del Comisario Superintendente del Fuerte de Nuestra Señora del Carmen, en el río Negro, entre los años 1779 y 1784, en plena etapa de instalación de las autoridades virreinales en el Río de la Plata, como parte de la política de ocupación y reconocimiento de los territorios del sur que impulsaran los Borbones. El accionar marcadamente negociador de Francisco de Viedma en este enclave, aislado y muchas veces desprotegido y desabastecido por los españoles, es muestra fiel de los innumerables vínculos de interdependencia e interacción que tejía la cotidianeidad fronteriza entre indios y blancos, derivando en frecuentes lazos personales y variadas prácticas de reciprocidad, en planos muchas veces igualitarios. Entretanto, cumplía la tarea de reconocimiento que le encomendaran las autoridades virreinales – frente a la potencial amenaza de ocupación por parte de otras fuerzas extranjeras –, Viedma demostraba una especial capacidad para relacionarse con el “enemigo” a partir del aprendizaje de conductas, actitudes y tácticas discursivas propias de los caciques.

Un contemporáneo de Viedma, José Francisco de Amigorena, Comandante de Frontera y Armas de Mendoza por designación del Virrey en el año 1778, es tema de análisis de Florencia Roulet en un trabajo que integra, además de las vinculaciones antes mencionadas, las derivadas de la relación del área cuyana con el Reino de Chile, introduciendo entonces las problemáticas propias de las cuestiones jurisdiccionales en el dilatado y complejo territorio de la España imperial. También Amigorena se nos revela como un hombre de variados recursos para mantener controlada una frontera muy inestable, usando tanto las campañas de exterminio como fomentando la guerra entre las distintas parcialidades. Finalmente, su habilidad negociadora se pone plenamente de manifiesto cuando obtiene la paz con las dos más importantes agrupaciones pehuenches de la región. Esto le permitió mantener expedita y a salvo la entrada a Mendoza, en tanto producía la fractura más seria del grupo pehuenche con las parcialidades pampa

y huilliche. Tiempo después, otro crucial tratado le permitiría cerrar la paz con estos últimos, estableciendo un sistema de relaciones estables en defensa de las fronteras coloniales. Al igual que en el caso anterior, este trabajo se centra en los tramos finales del siglo XVIII, cuando el avance de la sociedad blanca sobre las áreas indígenas era todavía poco significativo y mediado por la propia debilidad de las fuerzas coloniales en el extremo sur de América Latina, justificando entonces una política imperial de carácter más defensivo que ofensivo.

El aporte de Marcela Tamagnini y Graciana Pérez Zabala da un salto espacial y temporal importante y nos coloca en la frontera sur de Córdoba en la década de 1870 – el lector lamenta aquí la falta de trabajos que cubran la primera mitad de siglo XIX, especialmente compleja en lo que hace a la relación entre ambas sociedades. Sin duda que ya, para las últimas décadas del siglo, los mecanismos de convivencia posibles de las etapas anteriores han mutado hacia manifestaciones más fuertes de conflicto, representativas de los avances de las formas plenas del capitalismo que se afirmaban en el país, al mismo tiempo que se acentuaba la incorporación de la Argentina en el mercado mundial como productora de materias primas y alimentos. Estas circunstancias exigían la incorporación de nuevas áreas productivas y un fuerte disciplinamiento social, hechos ambos favorecidos por el proceso de consolidación de la soberanía territorial del Estado nacional que acentuó sus políticas ofensivas contra la sociedad indígena, volviendo imposible la coexistencia de dos formas sociales de producción que, de hecho, se habían vuelto competitivas. Por eso la firma de tratados de paz – como el celebrado con los ranqueles en 1872 – , que adquiere centralidad en el aporte de Tamagnini y Pérez Zabala, aparecía como un mecanismo posible de supervivencia y transacción para una sociedad indígena ya debilitada, a la vez que aumentaba la subordinación legal hacia las formas estatales. Producto de ello fueron también los conflictos producidos al interior de las propias tribus, donde la presencia de innumerables caciques, caciquillos y capitanejos en permanente confrontación son muestra fiel del debilitamiento de las estructuras de poder indígenas, tal y como muestran las autoras a través de la correspondencia entre dos de los caciques ranqueles más importantes de la época, Mariano Rosas y Baigorrita.

El mismo proceso de disciplinamiento social antes mencionado está en la base de la preocupación por la incorporación “ciudadana” de los indios, tema que se vuelve central en los dos aportes siguientes. Mientras Ingrid de Jong se ocupa de reconstruir la particular mirada del polifacético Secretario del Cuartel General Expedicionario y Jefe del Gabinete Militar del Gral. Roca – luego primer Gobernador del Territorio Nacional de Neuquén – , el coronel Manuel José Olascoaga, Walter Delrío lo hace, en un sentido más general, del proceso de inclusión del conjunto indígena norpatagónico.

La reconstrucción de la vida, pensamiento y obra de Olascoaga que realiza Ingrid de Jong en el plano discursivo, con un muy buen enmarcamiento histórico, es una muestra puntual del sentimiento reformista que impregnaba el accionar de algunos hombres de Estado en la Argentina finisecular. En el clima de ideas imperante, la “cuestión social” y, por desprendimiento, la “cuestión indígena”, pasaron a formar parte de la agenda de problemas que inquietaban a una parte importante de los liberales de la época, en tanto otros consideraban al indio como irrecuperable para la “civilización”. Incorporación o exterminio parecían ser entonces las alternativas en discusión. La preocupación de algunos por “incluir” al indígena –previamente “civilizado”–, como parte de una comunidad culturalmente homogénea que se defina como “argentina”, se vinculaba también con la necesidad de generar identidades nacionales diferenciadas con el “otro”, en este caso chileno, al tratarse de Olascoaga. El indio se transformaba entonces en parte de un pasado nacional que había que construir – y la historia y la educación cumplieron en ello un papel esencial –, donde se lo reconocía como parte del poblamiento originario y portador de culturas autóctonas, pero se justificaba también su dominación en aras de la “civilización” y el “progreso”. Olascoaga agregaba a estas ideas un profundo conocimiento de la zona cordillerana y una visión muy clara de las posibilidades de desarrollo económico del área norpatagónica, entonces muy integrada al sur chileno, y del papel que en ello cumplía la ocupación efectiva de las fronteras con población estable identificada con la Nación. No casualmente eligió Chos Malal como primera capital del Territorio de Neuquén, un asentamiento – antigua sede del Fortín IV División – ubicado en los flancos andinos, en el centro de una zona de intensa circulación y tránsito en la etapa de control indígena y con marcada influencia socio-cultural del país trasandino. La afirmación de la “argentinidad” aparecía entonces fuertemente vinculada al “problema indígena” en el discurso de este “constructor de la nación” que caracteriza Jong.

También Walter Delrío, desde otra óptica, focaliza su artículo en el problema de la “inclusión” indígena como parte de la construcción de la ciudadanía argentina, con una novedad que se repite en el trabajo siguiente: el esfuerzo por identificar las estrategias indígenas en ese mismo proceso. De esa manera, los tratados y las “apelaciones discursivas” de los indios respecto a las pertenencias o autoasdscripciones a uno u otro Estado soberano – Argentina o Chile, en este caso –, adquieren significación como parte de las respuestas estratégicas que la sociedad indígena elabora frente a la penetración estatal. Sobre la base de fuentes estatales, Delrío reconstruye las etapas en el proceso de incorporación de los pueblos originarios del área norpatagónica al Estado-nación. En este contexto, las denominaciones de “indios amigos”, “salvajes”, “indios chilenos” o “argentinos”, adquieren significados precisos en determinados contextos

históricos. De ellos, aparece como especialmente interesante el último de los tres momentos cronológicos que analiza Delrío: el recurso de los tratados, la incorporación coercitiva y la construcción de un nuevo status de nacionalidad. Justamente es en el último de estos momentos cuando, sobre fines del siglo XIX, se ponen en marcha mecanismos diversos para una “aculturación explícita” de los grupos indígenas, controlada por el Estado. Es en esta circunstancia cuando la condición reconocida de “indígena argentino”, expresamente distinta de la identidad “chilena”, aparecía como la única vía posible de incorporación “ciudadana”. Todo esto, cabe remarcar, bajo una fuerte impronta asimétrica donde la mayor condición de pertenencia exigida era también la absoluta desestructuración cultural de los pueblos originarios.

Paula Irurtia también intenta reconstruir la mirada del “otro”, en este caso a partir de las percepciones y sentimientos que la sociedad hispano-criolla generaba en los indios y como éstos, simultáneamente, se apropiaban y reelaboraban elementos de la cultura cristiana en sus aspectos materiales y simbólicos. Este trabajo, aún con la señalada limitación de las fuentes, aporta datos interesantes acerca de las identificaciones corrientes con que los indios reconocían al blanco, incluida la dimensión de lo mágico.

Finalmente, el epílogo de Mónica Quijada sirve de broche final a un esfuerzo considerable por aportar elementos nuevos al conocimiento de las áreas fronterizas de Pampa y Patagonia, en una serie de artículos sugestivos y abiertos al debate. Quijada rescata aquí los elementos de continuidad – sin desconocer obviamente las rupturas – que se evidencian entre la etapa colonial y la posindependiente; agregaríamos también entre las etapas anteriores y posteriores a la conquista militar y a la incorporación de los territorios indígenas a la soberanía nacional, tal y como queda demostrado en el aporte de de Jong-, así como de la rivalidad jurisdiccional con Chile, a lo cual habría que sumar el funcionamiento simultáneo de la frontera argentino-chilena como espacio social. Es decir que, en este punto, cuando las fuentes oficiales destacan especialmente la hipótesis de conflicto, particularmente evidente en el momento en que ambos Estados nacionales profundizan su proceso de consolidación territorial, otra continuidad, aún más importante, se visualiza desde los estudios históricos particularizados de las áreas de frontera. Se trata de la supervivencia de formas relacionales de todo tipo – económicas, sociales y culturales – entre los sujetos de uno y otro lado de la Cordillera, por encima de la voluntad de los Estados de afirmar su soberanía territorial e imponer las identidades nacionales.

Las áreas andinas patagónicas son claro ejemplo de tales supervivencias, donde las relaciones heredadas del funcionamiento de la sociedad indígena perduran hasta avanzado el siglo XX, según hemos podido estudiar. En este sentido, cabe remarcar las posibilidades que este libro abre a los estudios in-

terdisciplinarios, donde, como en este caso, los aportes de la historia y de la antropología pueden unirse en aras de una mayor aproximación comprensiva al estudio de lo social.

Susana Bandieri

CONICET / Universidad Nacional del Comahue

PAUL J. DOSAL: *Comandante Che: Guerrilla Soldier, Commander, and Strategist, 1956-1967*. University Park, PA: The Pennsylvania State University Press, 2003.

Che, more than anyone, including Fidel, guided the transformation of the rag-tag band that survived the Granma landing at Playa las Coloradas and the subsequent massacre at Alegría del Pío in late November 1956, into “the most accomplished guerrilla army in 20th century Latin America.” It was Che who led the guerrillas’ victorious two-year campaign against 40,000 U.S.-equipped troops supported by formidable air and naval power.

How could such a man meet his death eight years later at the head of an isolated and fragmented guerrilla force of fewer than 50 fighters in the barren lands of southeastern Bolivia? That is the climactic, and contentious, question addressed in this thoughtful assessment of Che’s guerrilla career – in Cuba, the Congo, and Bolivia.

Fidel and his comrades, including Che, had been trained in Mexico in guerrilla warfare by Alberto Bayo, an anti-fascist former general of the Spanish Republic, but they saw themselves as the vanguard of a broad-based insurrectionary movement. They believed that conventional attacks on army garrisons and police stations by themselves and M-26-7 cadres, coordinated with general strikes, seizures of radio stations, and sabotage in the major cities, would spark a nationwide rebellion. But with the quick failure of this strategy – marked by the abortive uprisings in Santiago, Holguín, and Guantanamo and the terrible rout at Alegría del Pío – and the consequent surviving remnant’s ascent into the Sierra Maestra, the guerrilla army that emerged unexpectedly, and at Che’s urging, became the strategic core of the insurrection.

Fidel headed the rebel’s political struggle as a whole and won recognition as the leader of the national anti-Batista movement, but it was Che – Bayo’s star pupil – who became “the principal military architect of the Cuban Revolution.” Under Che’s leadership, the guerrillas – joined over time by other urban youth and peasant recruits (and even a few U.S. volunteers), and sustained by a network of M-26-7 cadres and supporters in the cities and by the local *guajiros* of the compact and lush Sierra Maestra – grew into the formidable “rebel army.”